

Queridos amigos y amigas:

Jesús no actuó nunca de cara a la galería. Jamás le interesó quedar bien, buscar el aplauso o hacer demagogia barata. El vino para mostrar la verdad, para iluminar. Lo hacía con cuentos. Los cuentos duermen a los niños y despiertan a los mayores. Con esta parábola anuncia un oscuro porvenir sobre su futuro inmediato. Habla de la suerte que corren quienes se empeñan en llevar adelante el mensaje del Reino y saca conclusiones. Es la lección, nunca aprendida del todo, imprescindible para quienes quieran colaborar con él en la construcción del Reino entre los hombres. Repasamos alguno de sus detalles.

Una parábola dramática. En efecto, la historia que cuenta Jesús refiere la incomprensible y tozuda reacción de rechazo por parte de los viñadores hacia el dueño de la viña. Alude sin duda al Padre y a la humanidad. Sin ninguna lógica y tras muchos intentos difíciles por recuperar la viña, todo finaliza con el asesinato del hijo del dueño de la viña... ¿Qué hará él ante esta acción que colma los despropósitos? Inteligentemente Jesús ofrece una lectura de la historia de la salvación y lanza esa difícil pregunta. Curiosamente él mismo no la responde. Salvar a la humanidad es una tarea peligrosa, de máximo riesgo.

La relectura bíblica de Jesús. Acudiendo a la Sagrada Escritura da su interpretación del acontecimiento. Señala una constante que registra la Palabra de Dios: "La piedra desechada es la necesaria piedra angular". No explica nada. No impone nada con evidencias. No fuerza a asentir. No argumenta con fáciles razones... pero tampoco evita la pregunta, siempre abierta, de por qué los buenos tienen que acabar mal. Una lógica diabólica así lo impone. Y el diablo miente diciendo a veces palabras verdaderas.

Una sentencia. Concluye Jesús con una afilada afirmación: el reino de Dios le será dado a un pueblo que dé fruto. ¿A quién se refiere? ¿De quiénes está hablando? ¿Qué significa eso de "dar frutos"? ... A nosotros nos despierta dudas. Pero, por las reacciones que provocó, los sumos sacerdotes y fariseos la entendieron muy bien. Ellos se sintieron fotografiados en el apunte de Jesús. Y, ofendidos, reaccionaron con la misma dureza que anunciaba la parábola. Una vez más estamos ante una profecía que se cumple al mismo tiempo de comunicarla.

Tampoco debemos eludir nosotros esa pregunta implícita. ¿Acojo el Reino... o colaboro al aniquilamiento de los enviados del dueño de la viña? Porque hay formas no cruentas de impedir que la obra del Reino siga adelante. Una de ellas es la falta de atención; otra, el desprecio; otra más, la autosuficiencia; y otra, la dureza de corazón que impide la acogida de los enviados del Padre en la propia vida. Dicen que para movilizar a alguien no hay nada como despertar el odio o el miedo, porque ambos sentimientos proponen metas muy claras: destrozar al supuesto enemigo o ponerse a salvo. De otra manera Vallejo-Nájera lo cantaba en poesía diciendo que: "Hay golpes tan fuertes en la vida/ tan fuerte... ¡Yo no sé! / Golpes como del odio de Dios; / como si ante ellos, / la resaca de todo lo sufrido, / se empozara en el alma.../ ¡Yo no sé!"

Vuestro, amigo y hermano,
Juan Carlos cmf